

laCuerda

miradas feministas de la realidad

Año XXII No. 218

Guatemala, marzo 2020



Hagamos la revolución del cuidado

Salir a transformar

Reducidos como están ahora nuestros espacios de acción e interacción, vemos la salida a las calles como un horizonte por recuperar, un deseo por cumplir. Estar fuera de casa, contemporizar, observarnos en las demás personas, escuchar nuestro común paisaje sonoro, sentir a la gente próxima, y más que todo, compartir, es decir, situarnos en las mismas, espejarnos, ser y estar con otras, son recuerdos de un pasado cercano, ensañaciones que no sabemos cuándo volveremos a vivir en carne y hueso, y no delante de pantallas.

El trauma inicial que provocaron las medidas gubernamentales frente a la pandemia, empezando por declarar Estado de emergencia, -que equivale a crear condiciones para delinquir-; y luego el obligado confinamiento, la distancia social y como guinda, el toque de queda, medidas todas tomadas irresponsablemente: sin planificación, previsión y mucho menos, con provisiones. El presidente, con sus serias deficiencias como dirigente y estadista, su ideología cachureca y el vergonzoso sometimiento al poder empresarial, ha abierto las puertas del patrimonio estatal para favorecer a los corruptos que lo financiaron. Igual que hicieron los militares después del terremoto de 1976, la ayuda para la gente necesitada está yendo a parar a las caletas de los funcionarios de este gobierno pro oligárquico.

Para quienes han podido asumir el confinamiento, trabajando desde casa o sobreviviendo de la solidaridad, ésta ha sido una etapa de cuestionamiento a muchas ideas, costumbres y leyes. Para muchas, el estar en casa es algo que muchas disfrutaban, porque es un ámbito de armonía. Desgraciadamente, para muchísimas, la cuarentena ha sido un cautiverio, una forma de esclavitud: en distintas clases y lugares geográficos, las mujeres están sometidas a la voluntad agresiva de sus agresores. Las obligan a ejercer de sirvientas domésticas y sexuales, las maltratan, y llegan a matarlas.

Sin duda, nuestra salida a la calle es todavía una incógnita. Ignoramos si iremos

con mascarillas, si podremos abrazar y besar, si nuestra descendencia podrá disfrutar del juego y el crecimiento al aire libre. Nos preguntamos cómo manifestar de otras maneras y como ejercer nuestra responsabilidad política.

Lo que no debemos perder de vista, es que la humanidad es parte de un todo interdependiente y lo que hacemos o no, tiene amplias repercusiones. También es preciso estar alertas a la enajenación que producen los medios, al control que se ejerce sobre la población, a la remilitarización de las sociedades, como sucede en la región.

Defender nuestros derechos, no dar marcha atrás en aspectos fundamentales de la vida, como son las libertades, la salud, el trabajo, la educación, la dignidad colectiva, es necesario y urgente. Si permitimos que la corrupción nos despoje de las pocas instituciones públicas, como el Seguro Social, la Universidad, la enseñanza, habremos dado un paso inevitable hacia el deterioro de nuestras condiciones de vida.

Feministas de todo el mundo están poniendo voces de alarma por los abusos cometidos contra las mujeres, en el contexto particular del confinamiento y de los estados de emergencia o calamidad. También es notoria la desigualdad en el acceso a recursos económicos, medios de comunicación, a los servicios sociales. Las mujeres siguen en desventaja, con más cargas, menos retribuciones y mayores vulnerabilidades.

En medio de este giro histórico que sacude los cimientos de la sociedad consumista y afecta al sistema capitalista, es notorio cómo aquellos países donde mejor han manejado la presencia del virus, son dirigidos por mujeres, desde perspectivas y posiciones políticas orientadas al bien común. La lección está clara: El cuidado de todas las esferas de la vida, es lo más importante para que el futuro sea de mayor bienestar y armonía. Proteger a la naturaleza, garantizar dignidad para todas las personas desde su nacimiento hasta su muerte, la prioridad indiscutible que toda Estado debe cumplir.

Mujeres en riesgo y no sólo por COVID-19

Con la pandemia como escenario -y como argumento- este gobierno dilata la seguridad ciudadana y retorna a operativos combinados de ejército y Policía Nacional Civil (PNC) para patrullar comunidades y permitiendo, de hecho o por omisión, que empresas de seguridad privada -que responden a los distintos proyectos extractivos- vigilen comunidades aledañas. Por distintas vías, las mujeres han denunciado dicha militarización de sus territorios en lo que para ellas constituye un grave riesgo o un estado de sitio de facto que les impide moverse con tranquilidad. Preocupa, además, que se esté apelando nuevamente a lógicas contrainsurgentes para garantizar la seguridad de las empresas en los territorios.

Desde el inicio de las medidas de contención por la pandemia de COVID-19, el gobierno de **Alejandro Giammattei** orientó los planes sin tener en cuenta enfoques diferenciados y el despliegue de medidas para atender las vulnerabilidades específicas de niñas adolescentes y mujeres adultas. Por este motivo, no se contó -ni se cuenta aún- con una respuesta adecuada para atender al aumento de la violencia en su contra, misma que sucede tanto en sus casas como en el espacio público.

En los territorios donde se han asentados proyectos extractivos las poblaciones

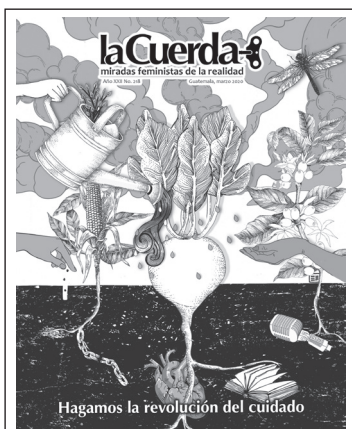
han quedado más expuestas aún a la seguridad de los mismos, provocando con ello que se incremente el miedo y la inseguridad, sobre todo, para las mujeres. Situación similar viven en los territorios donde desde el 30 de mayo se decretó un estado de sitio, en los municipios de Nahualá, Santa Catarina Ixtahuacán y Santa Lucía Utatlán, del departamento de Sololá, han aumentado los operativos y patrullajes de fuerzas combinadas de la PNC y el ejército de Guatemala en comunidades y aldeas. En ese contexto, se han producido detenciones de defensoras de derechos humanos a quienes no se les pudo probar delito alguno y fueron puestas en libertad pocos días más tarde.

En ese marco, las mujeres están encerradas, expuestas en el ámbito doméstico y en el espacio público a expensas de hombres armados, con pocas posibilidades de hacer denuncias públicas y exigir al Estado guatemalteco que contribuya a erradicar dichas prácticas porque toda la agenda política ha sido absorbida por la pandemia y las pocas medidas anunciadas no son funcionales. Esa forma de comprender la seguridad exacerba los riesgos y vulnerabilidades para las mujeres, además de activar las memorias anidadas de la violencia sexual vivida durante el conflicto armado.



en Portada

Elvira Méndez



CONSEJO EDITORIAL:

Paula del Cid Vargas, Anamaría Cofiño K., Andrea Carrillo Samayoa, Lucía Escobar, María Dolores Marroquín, Ana Silvia Monzón, Anabella Acevedo, Maya Varinia Alvarado Chávez, María José Rosales, Rosa Chávez, Ana Lorena Carrillo Padilla, Mercedes Cabrera, Lily Muñoz, Silvia Trujillo, Verónica Sajib Velásquez, Melissa Cardoza y Rosario Orellana.

AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN

EN ESTE NÚMERO:

Elvira Méndez, Mónica Knopoff, Andina Ayala, Rogelia Cruz, Asier Vera, Fátima Anzueto Vargas, Verónica Oikión Solano, Inés López, Margarita López Aguilar.

EDITORAS:

Anamaría Cofiño K. y Andrea Carrillo Samayoa

REPORTERA:

Rosario Orellana

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Mercedes Cabrera

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Asociación La Cuerda, Angélica Zapeta, Bety Guerra y Francisco Mendoza

PRODUCE Y DISTRIBUYE:

Asociación La Cuerda.
3a. Calle 5-35 Zona 2.
Ciudad de Guatemala 01002.
Telefax: (502) 2232-8873.
Correo: lacuerdaguatemala@gmail.com
internet: www.lacuerdaguatemala.org
www.lacuerda.gt

LaCuerda Guatemala

SUSCRIPCIÓN: 11 números al año. Q.300.00

El tiraje de esta edición es de 20,000 ejemplares.

Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. Está permitida, tolerada y estimulada la reproducción de los contenidos; siempre y cuando nos citen!

La publicación y distribución de **laCuerda** son posibles gracias al apoyo de:



Trabajo con mujeres campesinas de Argentina

Mónica Knopoff / Integrante de la Red TRAMA (Red Argentina de mujeres y organizaciones que trabajan con mujeres campesinas e indígenas).



Mujeres de Jáchal, provincia de San Juan, Argentina, que participan en las diversas actividades que se impulsan para fortalecer su liderazgo y potenciar sus capacidades para la defensa de sus derechos y los bienes naturales.

Estudié Agronomía en la ciudad de Buenos Aires en la década del ochenta. Si en ese momento me hubieran preguntado si era feminista, seguramente hubiese dicho que no. Ni siquiera me lo planteaba. Era la época del retorno democrático en Argentina, recuerdo la efervescencia estudiantil, el descubrimiento de la política, la idea de irme al campo sin saber siquiera que existían las comunidades campesinas.

Así llegué a la provincia de San Juan, y al pueblo de Jáchal. Es una zona árida, donde habitualmente sólo llueve entre diciembre y febrero, con temperaturas que pasan de 40 grados en verano y llegan a 10 bajo cero en invierno. La vegetación natural, muy escasa, es de desierto; y los únicos cultivos posibles son bajo riego.

Me contrataron para brindar apoyo a grupos de pequeños productores (era el término que se usaba, no se hablaba de campesinado), que debían elaborar un proyecto productivo y recibían un crédito para incorporar tecnología, con el objetivo de mejorar rendimiento y, por lo tanto, se suponía que los ingresos familiares.

Los primeros grupos estaban integrados por varones, lo cual me parecía natural, ya que, según mi visión, eran quienes “trabajaban en el campo”. Las mujeres se encargaban “sólo” de la casa, y los hombres de cultivar la tierra.

El primer grupo de mujeres que se acercó eran artesanas. Todas señoras grandes, con quienes pasamos largas horas en las que intentaron en vano que yo aprendiera algo de tejido mientras les enseñaba a hacer números, calcular cuánto tiempo les llevaba elaborar cada prenda para estimar un precio de venta que les retribuyera su trabajo. No nos aprobaron el proyecto, el comité evaluador consideró que eso no valía nada, cosa de mujeres, algo que hacían en la casa y nada más.

Luego vino un grupo más numeroso que quería criar cerdos y gallinas entre todas. Fue el primer grupo en Jáchal que decidió armar un corral en conjunto, y turnarse para dar agua y comida a los animales e ir a limpiar. Elegimos razas adaptadas a la zona, más rústicas. Algunas disponían de tierra donde trabajaban los hombres, así que analizamos qué alimento podían producir para comprar lo menos posible, cómo hacer un corral con los materiales que tenían y qué vacunas y remedios serían indispensables. Así descubrí que eran las mujeres las que se encargaban históricamente del cuidado de los animales de granja, en algunos casos con mucho conocimiento heredado. Aprendí, por ejemplo, que colocar ceniza a la entrada del gallinero es muy útil para disminuir la incidencia de enfermedades.

Cuando terminó el primer ciclo, calculamos a qué precio les terminaba saliendo el pollo, era casi lo mismo que comprarlo. Entonces, les pregunté si valía la pena el esfuerzo. No dudaron un segundo: ellas no podían disponer de la plata para comprarlo, así que si no criaban, no se comía carne. Esa fue una de las primeras cachetadas que me dio la realidad. Y así como ellas aprendieron a llevar las cuentas y calcular los tiempos, yo aprendí

que hay otras formas de leer economía, y que los análisis clásicos no sirven en algunas situaciones.

A veces venían acompañadas de los maridos o algún hijo mayor (además de los niños y niñas, que siempre estaban con ellas). Cuando había algún hombre, que acaparaba la palabra, las mujeres no mostraban lo que sabían y muchas no opinaban. Recuerdo cuando **Daniel**, hijo de doña **Alfreda**, me dijo que él iba a estar en el grupo porque las mujeres solas no iban a poder. Entonces, les propuse a los varones que ellos formaran su propio grupo, así aprovechaban mejor el tiempo. Esa estrategia nos sirvió para que las mujeres pudieran decidir qué hacer, manejaran su propio dinero, y de a poco, empezar a hablar de otras cosas.

Las primeras preguntas que salían eran sobre los hijos: cómo evitar el alcoholismo, los problemas de educación, de salud, la falta de oportunidades. Como si no pudieran salirse del rol de madres, y sus propias necesidades fueran secundarias.

El proyecto se fue divulgando de boca en boca, y surgieron diferentes grupos de mujeres. Algunas hacían huerta para alimentar a la familia, otras criaban animales. A veces las tareas se hacían en un lugar común, otras cada una en su casa, según las distancias y las posibilidades. Pero los proyectos que más crecieron fueron los relacionados con la cocina: elaboración de panificados típicos, y de dulces y conservas regionales. Sólo necesitaban dinero para comprar unos pocos insumos, y algún equipamiento para aumentar la escala de lo que hacían cotidianamente para ofrecerlo en el pueblo. Empezaron a vender excedentes, algunas a producir directamente para comercializar.

A veces me preguntaban sobre los otros grupos, qué hacían, cómo se organizaban. Y descubrí que muchas nunca habían salido de su localidad. Entonces les propuse juntarnos, organizar un encuentro entre las mujeres de los grupos para compartir experiencias. Así surgieron los Encuentros de mujeres, donde analizábamos qué lugar tenían en la comunidad, los roles de liderazgo, cómo fortalecer la participación en organizaciones mixtas. Al terminar la reunión, poníamos música, y la alegría, las risas y el baile lo inundaban todo. Para muchas de ellas, estos encuentros eran el único momento de esparcimiento. Para que pudieran trabajar cómodas durante la jornada, y disfrutar el baile, contratábamos a una persona que cuidara las niñas y niños, siempre con ellas.

En uno de los Encuentros decidieron formar una Asociación de Mujeres Rurales, que les permitía participar en proyectos más grandes, ir a la radio, hacer demandas al intendente (por el agua, la energía, el acceso a la salud). Ya como Asociación, se potenciaron las capacitaciones, pudieron expresar más claramente sus propias necesidades. Convocamos a profesionales para dar charlas de salud sexual y reproductiva, y de violencia de género.

Lo que empezó como un proyecto productivo fue, para todas nosotras, un compromiso de vida.

“Solo fingí que no dijo eso...”

Acoso verbal y físico en la carrera de Medicina

Andina Ayala / Antropóloga social, investigadora y redactora

La carrera de medicina se inauguró en 1681 en la Pontificia Universidad de San Carlos de Guatemala. Después de casi 250 años, en 1942, se graduó, **María Isabel Quintana Escobar**, la pediatra que abrió brecha. Hoy la Facultad de Medicina registra un 51 por ciento de presencia de mujeres.

Su permanencia en este campo académico no es fácil, y aunque tampoco lo es para los estudiantes hombres, un estudio exploratorio del año 2007¹, reveló que a ellas se les acosó sexualmente 14 veces más que a los hombres. Desde la visión de género, esto responde al modelo paternal y patriarcal que persiste en la carrera médica, donde las mujeres siguen considerándose inferiores a los hombres.

En abril de este año, preparé una encuesta digital para estudiantes de cuarto a sexto año de la carrera de medicina. Fue compartida en mensajes privados y en el grupo de Facebook, Facultad de Medicina USAC, que tiene 12 mil integrantes. Al final de 8 días, el cuestionario tuvo una participación de 87 estudiantes que podría interpretarse como el 7.9 por ciento de mil 101 estudiantes inscritos en las prácticas hospitalarias 2020.

Según los testimonios, son las mujeres quienes más sufren de acoso verbal, sexual y físico. Entremos a conocer cómo la juventud, la mayoría de 22 a 25 años, percibe la carrera de medicina en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

¿Cómo es la primera practica hospitalaria?

“Uno llega al hospital, todavía sobreviviendo de padre y madre. Ahí no hay nadie que te diga ‘si pasa esto, haz esto’; desde un acoso hasta, si te pinchas. En parte tienen razón porque técnicamente ya somos adultos. Pero estamos allí como personal verdadero, y nos miran como cualquier cosa sin valor. El personal de enfermería dice: ‘esto no lo hago yo, esto es del externo’. Si se pierde algo, fue el externo. En cuarto año entrar a cirugía son 24 horas. En quinto, las rotaciones son hasta las diez de la noche, pero, si entra un ventilador, tenés que seguir, hasta que consigan ventilador”, explicó **Roberto*** en una entrevista telefónica.

Según la médica ecuatoriana, **Ana Lucía Abarca**, “la violencia en sus distintas manifestaciones, aparece como un pilar fundamental que sustenta un imaginario de sacrificio y excelencia distorsionado”.

Amparados en un sistema educativo jerárquico, casi castrense, es habitual que los rangos bajos o “inexpertos” obedezcan sin discutir. En la pirámide, los estudiantes de cuarto y quinto años, también llamados “externos”, conforman el grupo más vulnerable. Somos uno de los países con menor inversión en el sistema hospitalario, esto afecta a los practicantes como abuso laboral. Aunque son más frecuentes los abusos de índole sexual hacia las mujeres.

¿Quién tiene más poder?

Históricamente la medicina abraza una larga tradición masculina. El médico es portador de autoridad y especialización, concentra un poder no solo simbólico, también concreto, en tanto que puede salvar vidas. Este contexto propicia espacios de abuso en contra de estudiantes, entre el personal médico de menor o igual rango y con los pacientes.

En relación con las practicantes, quién más ejerce control y poder en la práctica hospitalaria es el residente, un médico graduado que busca hacer una especialización y recibe una remuneración económica de parte del sistema de salud.

“Recibí acoso sexual verbal de parte de residentes de cirugía o medicina interna. Una vez, el residente me arrinconó contra una esquina y dijo: ‘después podríamos salir, ¿te gusta la cerveza?’. Ahí estaba la enfermera, pero es ‘normal’ la actitud tan puta de los médicos. Yo solo le dije que no, que gracias”, expresó **Luisa*** en su testimonio vía correo electrónico.

Los estudiantes “externos”, a diferencia de los residentes, no tienen una relación contractual con los distintos hospitales en los que laboran. El residente es una especie de jefe inmediato de los practicantes. En nuestra encuesta, como en los testimonios, el residente desempeñó el rol de mayor amenaza, con un 67.6 por ciento en el ejercicio del acoso o agresión.

El 37.8 por ciento indicó que fue un paciente y el 27 por ciento, el jefe de servicio, este último tiene un rango mayor y más cercano a la institucionalidad, probablemente tenga plaza fija. En cuanto al tipo de abuso, el 64 por ciento, -es decir 48 de 87 personas encuestadas- indicó que sufrió acoso sexual verbal, el 46.7 por ciento acoso laboral y el 26.7 por ciento indicó que chantaje; 2.7 por ciento dijo haber sido violentado sexualmente.



Ilustración: Mercedes Cabrera

Acoso sexual, chantaje y abuso de poder

Para **Alicia*** externa del quinto año: “lo que se vive en los hospitales es muy distinto de lo que la gente piensa. En mi caso, hubo un residente que me molestaba mucho. Tenía un rango bastante mayor, entonces nunca pude hacer nada por miedo a que pudiera repercutir en mis notas o reputación. Me iba a buscar a otros servicios, me acosaba, me compraba comida y yo jamás se lo pedía. Cada vez que yo estaba sola, tenía miedo de que apareciera, porque me tocaba el trasero y se me insinuaba”.

Las rotaciones hospitalarias duran cuatro meses en cuarto año, y en quinto se realizan tres al año. “Aguantar” es la norma, cuando se está jugando el futuro. La mayoría de las practicantes se ven obligadas a guardar silencio, precio que se paga no para obtener el título, sino para continuar con la carrera.

Para muchas médicas, la graduación no es el final del acoso. Ya que esta es una práctica normalizada y asumida en distintos niveles de atención hospitalaria. Sumado a ello, la Universidad de San Carlos, no cuenta con una instancia que defienda al estudiantado del abuso laboral, verbal, sexual verbal o de la violencia sexual. 8

*Se usaron nombres ficticios para resguardar la identidad de las fuentes.

1. “Agresiones e intimidaciones en la formación y práctica médica. Datos y testimonios en la voz de estudiantes”. Dr. Eduardo Enrique Sacayón Manzo. Instituto De Estudios Interétnicos (IDEI). Universidad de San Carlos de Guatemala.

Poliamores

Rogelia Cruz / Guatemex, migrante, antropóloga

Hace veinte años conocí a mi esposo, *Chema*. Antes de él, nunca pensé que el matrimonio fuera para mí, fui criada para hacer valer mi confianza, para desarrollar mis aptitudes, para cimentar mi independencia. Nunca creí que hacer compromiso con un varón, sería clave para vivir rodeada de cariño.

Y le conocí. Ví en él la posibilidad de un hombre sin raíces machistas, íntegro, autosuficiente, amoroso. Lo que él vió en mí, será motivo de algún texto que él escriba, pero estoy segura de que él también se sacó el premio mayor de la lotería.

A la distancia, de novios nos dimos el tiempo de pensar en qué clase de familia seríamos si decidieramos casarnos. Nos dio tiempo de pensarlo todo sin las exigencias del chat de hoy en día. Gastábamos tarjetas de llamadas de larga distancia hasta acabarlas para no desperdiciar ni un centavo. Luego teníamos días, semanas enteras para pensar antes de la siguiente llamada. Y cartas de amor...

La fidelidad

Se presentó mi más grande preocupación acerca del matrimonio. Cómo establecer un compromiso de vida, largo, amoroso, si algún día, cualquier día, tal vez nunca, se diera el caso que mi cuerpo vibrara por otro cuerpo, o su cuerpo y su mente lo hicieran por alguien más; que algún pasado viniera a visitarme y recordarme mieles de otros tiempos; un presente paralelo nos invitara a placeres no descubiertos, a enamoramientos con el hombre y con la mujer que nos disponíamos a ser juntos.

Se nos enseña, por la tele, los libros, las conversaciones de sobremesa, pláticas íntimas, catequismos, grupos de formación ideológica, clases, ejemplos, experiencias, que ser infiel a tu hombre es sacrilegio mayor. Motivo de desprecios, de venganzas, de odios, de violencia, de feminicidio.

¿Cómo evitar que un desliz o un amor profundo paralelo, o una aventurilla de colegiala postgraduada, o esa persona que le llena los resquicios al corazón de mi marido, haga cimbrar la estructura amorosa, económica, creativa, de hija, quehaceres, sueños y empeños que necesitamos para mantener la base de esta sociedad.

No podía yo concebir que valiera la pena empezar mi matrimonio con el amor de mi vida, sabiendo que podría resquebrajarse por el puro instinto pasional. Así que platicamos de esas preocupaciones y él, hombre de otras tierras, me respondió “tontuela, yo soy de San Francisco, lo tengo superado” ¡Y sí, lo tenía superado!

Entonces decidimos que nos daríamos el chance de otros amores. Alguien me preguntó si el nuestro sería un matrimonio abierto. Y no, abierto no me sonaba, mi rol en mi núcleo familiar es, desdichadamente, sólo mío, el rol de mi marido es solo suyo. Al final nosotros no somos piezas intercambiables.

Yo nunca había tenido muchos enamorados, lo mío era la ensoñación romántica, mi cuerpo creció en los tiempos del SIDA, no en la liberación sexual. Mis tabúes sexuales, los que me impedían gozar mi sexualidad plenamente, además de los que nos son transversales a todas, como la objetivización de nuestro cuerpo o los cánones de belleza que no nos quedan, eran el terror de contraer una enfermedad de transmisión sexual (ETS) y sentir que el intercambio de fluidos era acto de alto riesgo. Me fue bien, llegué al



Ilustración: Mercedes Cabrera

matrimonio vírgen de ETS, con poca experiencia y sin un embarazo no deseado.

Llegué a mi momento reproductivo con confianza, bien dada, trabajando de antropóloga, con mi marido a la par, fundando un instituto básico por cooperativa en La Trinidad. Nós éramos suficientes. Con el embarazo, mi cuerpo ya no fue mío hasta luego de la lactancia, mi retoña se despegó de mi pecho temprano, y regresamos a la vida de ciudad.

Otros amores

Ser madre, esposa, chapina y poliamorosa es cosa complicada. Se refieren a una mujer que vive su sexualidad, o de su sexualidad, como fácil, la vida fácil, la mujer fácil. No me imagino arreglo más complicado. Sin la presión moral de nadie, solo la responsabilidad materna, no podía imaginarme andar de coscolina si mi hija no se había ido a dormir cenada y con cuento leído. A mi marido le hablaba con claves para hacerle saber que me iba a ver a mi enamorado. Hacerle tiempo entre el trabajo, la familia, la propiedad privada y el Estado, no a mi amante, a mí misma. Darle a mí misma el chance de seguirme conociendo.

Mi galán de barrio se distanció cuando se enteró que mi marido sabía que yo estaba en sus brazos. Él, galán de muchas camas, no podía con el peso de saber que mi marido sabía; me dijo que hubiera preferido que nunca se enterara ¡con qué cara le iba a hablar! Volví a ser una mujer accesible en la arena del amor, de nuevo temida por otras mujeres.

Mi vida volvió a cambiar, nos venimos a los estamos hundidos, la niña iba creciendo, el marido con la cabeza en el doctorado, y yo, de nuevo migrante. Me costó encontrarle el chiste a estar acá, pero tuve una ventaja: cuando decidí tomar mi tristeza en mis manos, le dije a mi marido, y me abrí una cuenta de Tinder. Estoy tan lejos que no tenía el riesgo de encontrarme a mi carnal, a mi primo o a mi vecino.

Y me encontré a **Jimmy**. Su amor es tan refulgente, que la primera idea que pasó por mi cabeza fue ¡mi marido necesita una novia también! Él conoció a **Talya**. Hace ya los tres años que tengo de estar enamorada de **Jimmy**. Tuvimos que dar la cara con la hija, explicarle algo que ninguno de los dos, ni mi marido ni yo, platicamos en nuestras casas a su edad. Le tuvimos que contar que el matrimonio ya no nos queda y no quiere decir que dejamos de cuidarnos, de amarnos, de seguir comprometidos en proveernos buen vivir.

En el trabajo informal la covid-19 agrava la situación de las mujeres

Texto y fotos: Asier Vera / Periodista

Más que al coronavirus, tengo miedo al hambre y a quedarme sin casa

“¡A cinco la mascarilla!”, grita **Sandra Patricia Solís**, en medio de la carretera a la espera de que algún vehículo pare y le compre el producto estrella en la actual crisis del coronavirus. A su lado, se encuentra su hija de 12 años sentada en una acera, cuidando los botes que usa su madre para lavar carros. **Sandra** es una de las miles de personas que no pueden quedarse en casa guardando confinamiento, ya que supondría perder el poco dinero que gana y que le permite a ella y su hija sobrevivir un día más. Es una de tantas mujeres que, en los alrededores del Parque Morazán de Ciudad de Guatemala, se dedican a lavar y estacionar carros, o a la venta ambulante en un país donde el 70 por ciento de la economía es informal.

Pese a la llamada del presidente, **Alejandro Giammattei** para que la gente no salga de su hogar, **Sandra** remarca que “definitivamente yo no tengo ese privilegio porque tengo que seguir luchando y ¿quién lleva el sustento a casa?”, se pregunta esta madre soltera de 47 años. Por ello, cada día llega a los alrededores de un supermercado para intentar lavar carros, pero la gente “ya solo llega a comprar y se va”. Ante tal circunstancia, ha comenzado a ofrecer mascarillas a cinco y diez quetzales y detalla que debido al toque de queda solo logra vender dos docenas al día con un beneficio de 20 quetzales. “Me las dan a 42 quetzales la docena y yo le saco 60, por lo que es poco lo que queda, y ahí vamos jalando para los frijolitos y las tortillas, porque ya no se puede dar el lujo una de decir una librita de pollo”, señala.

Sandra reconoce que tiene “miedo” de que en las próximas semanas el gobierno decrete el confinamiento total como ha sucedido en otros países, ya que “si fuera así, morimos de hambre porque de dónde voy a agarrar para darle de comer a mi hija si no tengo

apoyo económico de nadie”. Indica que nadie se ha puesto en contacto con ella para ofrecerle la ayuda de mil quetzales mensuales anunciada por **Giammattei** para las familias vulnerables, por lo que debe seguir saliendo cada día a la calle a vender mascarillas para poder pagar los 700 quetzales que cuesta el cuarto que alquila. “Pido al gobierno que nos apoye, porque cuando una es madre soltera tiene que rebuscárselas”, concluye.

A pocos metros, se encuentra **Jessica Arreaga**, quien madruga cada día con sus padres e hijos de 2 y 6 años para vender periódicos y panitos y lavar carros. Aunque las ventas bajaron, no puede permitirse el lujo de quedarse en casa: “a mí no me da miedo esa cosa. Porque para eso nacimos, para morir”, sentencia esta joven de 22 años. “Si nos quedamos en casa, no tenemos dinero y de qué vamos a vivir, ya que, aunque vendiendo en la calle ganamos cinco quetzales, tenemos para comprar un quetzal de tortilla y una libra de sal y así salimos adelante”, recalca. En este sentido, confiesa que le tiene “más miedo al hambre”, debido a que, en su opinión, el coronavirus “depende de cómo una se cuide”. **Jessica** revela que al día está ganando entre 20 y 25 quetzales y asegura que no se ha planteado dejar de venir a trabajar, porque “de qué me va a servir estar en mi casa si ahí no me dan mil quetzales”.



Sandra Patricia Solís vende mascarillas y limpia carros en los alrededores de un supermercado del Parque Morazán.



Olga Contreras vende mascarillas y gel antibacteriano frente al Parque Morazán.

“Sería imposible quedarme en casa”

Olga Contreras lleva toda la vida vendiendo en la calle. Normalmente, trabaja en conciertos y manifestaciones vendiendo trompetas o banderas y esperaba ya la llegada de Semana Santa para ofrecer sombreros, sombrillas o capirotos. Ahora ha optado por vender mascarillas a entre 5 y 10 quetzales y gel antibacteriano a entre 15 y 30 quetzales. Con suerte, esta madre soltera, de 31 años, gana veinte

quetzales cada día, que destina para la alimentación de sus hijos de 3 y 11 años y para pagar los 800 quetzales mensuales del alquiler de un cuarto. Sin embargo, ya augura que “con lo que gano, no me va a dar para pagar el alquiler y ahí andamos viendo cómo le hacemos”. Por este motivo, remarca: “más que al coronavirus, tengo miedo al hambre y a quedarme sin casa, porque con esa enfermedad solo es de curarse y mantener higiene, en cambio el hambre es más duro”. Así, reprueba que el gobierno “no nos está ayudando como debería a las personas que nos dedicamos al comercio informal, porque ni se ha acercado a nosotras para ver de qué vivimos”. De este modo, critica que “nos dijeron que nos quedaríamos en la casa, pero ¿de dónde vamos a comer y pagar la casa?”. No obstante, **Contreras** se consuela con el hecho de que por lo menos en Guatemala “podemos salir a ver qué hacemos, mientras que en otros países deben estar completamente en su casa”.

Floralma Dubón, de 47 años, tampoco puede quedarse en su vivienda y, pese a que reconoce que sí le da miedo infectarse de coronavirus, “me da más miedo quedarme sin dinero”. Por ello, recalca: “tengo que salir a trabajar, porque si no salgo, no como, y mi hijo de 18 años también depende de mí”. Desde hace doce años, se dedica a cuidar y lavar carros con lo que normalmente ganaba entre 60 y 70 quetzales diarios, si bien ahora se ha reducido a entre 25 y 30. “Sería imposible quedarme en casa, porque de dónde va a salir el dinero si no tengo para comer y pagar el cuarto que cuesta 800 quetzales al mes”.

Las historias de estas cuatro mujeres muestran que no todo el mundo en Guatemala se puede proteger del virus, porque entre la salud y el hambre, prima siempre lo segundo en un país donde la pobreza y extrema pobreza afectan a más de la mitad de la población.



Jessica Arreaga vende periódicos y panitos frente al Parque Morazán.



Floralma Dubón se dedica a cuidar y limpiar carros frente al Parque Morazán.

El lazo mesoamericano



Fotos: Internet

Fátima Anzueto Vargas / Artista visual e historiadora de arte. Guatemalteca

Conocí a **Rina Lazo Wasem** por el mural *Tierra fértil* en el Museo de la Universidad de San Carlos de Guatemala, en mis años de estudiante de la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP); me reencontré con **Rina** cuando visité la exposición “¡Oh Revolución! 1944-2010 múltiples visiones” en el Palacio de la Cultura, me cautivó la historia de dos grandes lienzos: *Gloriosa victoria* de **Diego Rivera** y *Venceremos* de **Rina Lazo**.

Luego, la ubiqué con mayor frecuencia en pinturas y textos, fui tomando nota. Mapeé los lugares donde nos íbamos encontrando. La entrevisté en su estudio en Coyoacán, en la casa de la Malinche. Le pregunté de las anécdotas que había leído, de la niña de cinco años que empezó a dibujar en las Verapaces, cuando la familia **Lazo Wasem** vivió por dos años en Cobán, aquí, inician sus inquietudes artísticas, hasta encaminarse definitivamente en la adolescencia.

La vena artística venía de su abuelo materno. Con su amiga **Carmen Neutze**, ingresó al taller de **Julio Urruela** en el Palacio Nacional para tomar clases de pintura en 1944. **Urruela** le sugirió ingresar a la Academia Nacional de Bellas Artes, en este año, las reformas sociopolíticas en el país le abren las oportunidades, obtiene su primer premio, compartido con **Jacobo Rodríguez Padilla**, al realizar un cartel conmemorativo de la Revolución de Octubre. Su galardón más significativo, el tercero obtenido en Guatemala, fue la beca de estudios de arte en México, el cual recibe de las manos del presidente **Juan José Arévalo** en 1946.

Rina sale por primera vez del país, se enfrenta a un mundo lleno de oportunidades, desarrolla una carrera fructífera en México, llega en el auge del muralismo. Toma el consejo del artista guatemalteco **Juan Antonio Franco**, quien, en ese entonces residía en el vecino país, e ingresa a la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda. Empieza a darse a conocer por su dedicación y empeño. A los tres meses de haber ingresado a la escuela, su profesor de técnica de procedimientos, **Andrés Sánchez Flores** la selecciona para trabajar como asistente del maestro **Diego Rivera** en el mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*. Este hecho fue decisivo para la joven artista, trabajar al lado de uno de los grandes muralistas.

Rina adquiere experiencia, incluso, se acerca a temas de identidad, políticos y sociales propios de la época, y se familiariza con la temática y pensamiento de su maestro, con quien entabló una amistad que prevaleció por diez años, continuó colaborando con él, fue su ayudante predilecta. **Rivera** le presenta al joven artista **Arturo García Bustos**, líder del movimiento revolucionario

juvenil del Partido Comunista Mexicano, quien más adelante se convertirá en su compañero de vida y militancia.

En 1949, con tan sólo tres años de haber llegado a México, **Rina** realiza su primer mural de manera individual, *Los cuatro elementos* en la Logia Masónica del Valle de México, de éste sólo se cuenta con escasos registros fotográficos debido a que el edificio fue remodelado y el mural destruido. Este trabajo la colocó en la escena artística mexicana, recibió críticas favorables, como la del muralista **David Alfaro Siqueiros** quien elogia su trabajo por las cualidades de su creación. El segundo mural y el único realizado en su natal Guatemala en 1954 es *Tierra fértil*, justo antes de ser derrocado el gobierno de **Jacobo Árbenz**. El mural creado en el Club Italiano fue cubierto de pintura acrílica blanca. Éste fue rescatado y ahora es resguardado por el MUSAC.

El compromiso social y combativo de la artista revolucionaria, se identifica con la obra *Venceremos*. Su fascinación por la cultura maya la llevó a realizar un profundo estudio en los murales de Bonampak, Chiapas, tras haber sido seleccionada para realizar los facsímiles de los frescos para el Museo de Antropología de la Ciudad de México. De esta copia, realiza tres comisiones: Japón, Metro Bellas Artes de CDMX y en comodato en La Antigua Guatemala.

A finales de la década de los sesenta, colaboró con el diseño de la Glorieta Insurgentes en la Ciudad de México, no recibió los créditos correspondientes debido a su detención, por ser activista revolucionaria. Sin embargo, su sensibilidad en el trazo y el apego a sus raíces mesoamericanas marcaron su visión en la temática de su trabajo mural, se hizo docta en el tema e inspirada en el *Popol Vuh*, realiza una pintura de gran formato *Venerable abuelo matz* en la que enaltece el legado de los abuelos. Tras indagar en la cultura ancestral, **Rina** cierra su ciclo en este plano al pintar el inframundo maya. Un día se preguntó ¿dónde pongo la entrada al inframundo? De pronto, recordó que su madre la llevaba a unas cuevas en Cobán. Con ese recuerdo de infancia, decide bajar al tercer plano mitológico a enfrentarse a los señores de Xibalbá y concluir de manera victoriosa su último gran lienzo el Inframundo antes de partir de este plano, en Ciudad de México el 1 de noviembre de 2019.

El camino trazado en la plástica mexicana y guatemalteca no pudo ser mejor definido por **Rina Lazo** al llamarse “muralista mesoamericana” acorde con su pensamiento: borrar fronteras políticas y tomar la región como inspiración. Con su trazo es como bien supo recordarnos nuestros orígenes, el legado de **Lazo** lo encontramos en tierras que comparten un pasado ancestral y mítico.



Defensoras en cuarentena

El 13 de marzo se registró en el país el primer caso de Coronavirus y dos días después, todo cambió. Sin preverlo, la gente tuvo que quedarse en su casa, quizá pensando que serían unos días nada más.

Al cierre de esta edición, pasaron ya los primeros 100 días y se contabilizan más de 13 mil personas confirmadas y 547 fallecidas por la COVID-19. La vida de unas y de otros se transformó, la pobreza se ha agudizado y en las calles cada vez se ve a más gente aferrándose a la solidaridad.

El gobierno ha prometido ayudas, pero en infinidad de hogares éstas no han llegado. Muchas personas han modificado su forma de trabajo, pero miles han sido despedidas. En las casas falta comida, hay más tareas que hacer y la convivencia no siempre

Mujeres en cuarentena

En este Meollo, quisimos dar espacio a mujeres de los distintos territorios que, frente a la COVID-19, continúan la resistencia, están decididas a proteger la tierra y los bienes naturales, a hacerle frente al virus, la violencia, al racismo, al despojo y explotación.

Andrea Carrillo Samayoa /

Gladis Mucú

Red de Mujeres Indígenas por la Soberanía Alimentaria (Chisec, Alta Verapaz)

“Cuando se dio la noticia, no sabíamos qué hacer, pensamos que sólo iba a ser un mes pero no ha sido así y conforme pasa el tiempo, estamos enfrentando muchas cosas. El bono familiar sólo como unas diez mujeres lo han recibido. Se necesita trabajar y esto no va a terminar mañana. Ahorita es la época de piña y no hay posibilidades de que lleguen los compradores, también se produce cardamomo, pero la gente no se lo va a comer si no lo vende. Hay pocas tierras y menos producción, es verano y cuando falta el agua hay que estar regando. La gente sale, a veces viene con carga de leña, piña o mazorca, y la policía, por el toque de queda, anda detrás, hay personas que han sido detenidas por trabajar; mientras, las empresas de la palma [aceitera], aunque no se pueda circular, siguen trabajando.

Para las mujeres hay sobrecarga porque tienen a los hijos y al marido en casa; no hay agua, y tenemos que ver qué hacer para lavarnos las manos.

Lesbia Villagrán

Resistencia pacífica de San Rafael Las Flores (Santa Rosa)

“Es lamentable, aquí las personas más vulnerables son las más pobres que cada día se empobrecen más; no hay tierras para sembrar frijol ni maíz. Con el toque de queda los ricos se siguen haciendo más ricos. Nosotros como resistencia teníamos un plantón en Casillas y así paramos la mina, con el

Rosa Gómez

(Chuarrancho, Guatemala)

“Mucha gente está preocupada por lo que puede pasar más adelante, las tejedoras dependen de vender, y los hombres ya no están yendo a trabajar como antes; hay crisis porque no se puede salir a buscar trabajo.

Cuando esto empezó, subió el maíz, y cuando sólo se podía salir tres horas, se tuvo que tirar la flor de izote porque no hubo camión para transportarla, pero los camiones de la cervecería y la coca cola no descansan.

Con las lluvias las personas han salido a sembrar con miedo, hay quienes vienen con su leña y los han agarrado. Aquí hay poca agua, partes llega, partes no, dicen que no hay que salir por el toque de queda pero hay que ir a los pozos a asearnos.

Gilberta Jiménez

Asociación de Mujeres Indígenas de Santa María Xalapán, Jalapa

“A las mujeres se nos ha acumulado el trabajo de la casa y el que hacemos fuera. Vivimos inseguridad, estamos corriendo riesgos al viajar para hacer algún trámite o mandado, ya que debemos utilizar el transporte de personas particulares que no sabemos quiénes son, pero como tenemos necesidad de movilizarnos, nos arriesgamos. Además, hay que darles

Sofía Tot

Maya Poqomchi (Baja Verapaz)

“Estamos encarceladas, presas en nuestras propias casas, aparte de que nos hace falta la comida y el dinero, nos están matando en las comunidades. Encerradas ¿a dónde denunciamos? Como mujer y lideresa, siento que no me puedo mover ni hablar. En Dos Puentes y Washington (comunidades de Purulhá) que están en resistencia frente a un proyecto hidroeléctrico y una exploración minera, metieron un amparo para no ser desalojados y ahora como no hay policías, porque dicen que están en cuarentena, los finqueros han estado haciendo desalojos extrajudiciales, han atacado a mujeres y hombres sabiendo que no hay

Esperanza Tubac

Asociación Grupo Integral de Mujeres Sanjuaneras (territorio kaqchiquel, San Juan Sacatepéquez).

“Como mujeres mayas ha sido muy difícil, hay un montón de casos y se ha desatado mucho temor hacia la población. Como asociación local, trabajamos en 30 comunidades, nos hemos comunicado con las mujeres para dar información y nos expresaron el temor.

Las comunidades han tomado sus propias medidas porque ni las autoridades locales ni del gobierno han dado mecanismos de cómo enfrentar, entonces llevan control de qué vehículos entran y salen, dan alcohol, gel...

En el centro y en los mercados hay mucha aglomeración, la gente no hace caso de estar en casa, pero las necesidades son grandes. Nosotras hemos estado haciendo acciones porque las mujeres han

Violeta Quinteros

Asociación de Mujeres Xincas de Chiquimulilla (Santa Rosa).

“Se ha disparado la violencia contra nosotras, hoy en mi comunidad tuvimos la pérdida de una joven de 22 años, de una forma violenta le quitaron la vida, la calcinaron.

Por los toques de queda, los productores no pueden movilizarse ni se puede hacer un jornal con total libertad; quienes nos dedicamos a la siembra, hemos sido afectados por las disposiciones del gobierno, por los horarios no fijos y el cierre de mercados.

María Eugenia Cool

(Cobán)

“La COVID nos vino a afectar a todos en todos los niveles, hay mucha gente que no tiene, y otra tiene para el día. Se elevó el precio de las verduras, la papa, por ejemplo, ha estado a 5 la libra. Aquí se trabaja medio día y luego a encerrarse, a algunos niños de las escuelas les dan su vivieres y algo se ayudan las mamás, hay quienes queremos apoyar a los más necesitados pero los recursos no nos alcanzan.

Ojalá que esto pase pronto, pero el miedo se acerca más cada día cuando aparecen los casos, se espera la respuesta del gobierno pero sus fines van para la gente que tiene y quiere más. Esperamos que con todo esto cambiemos la forma de ver la vida y a las personas, porque a veces nos enfocamos más en discusiones y pleitos y no estamos para eso, hoy hay que ayudarnos mutuamente”.

Francela Samol

Comunidad Tz'ununya' (San Pedro La Laguna, Sololá)

“Aquí se han perdido bastantes empleos porque es área turística; personas que trabajaban en hoteles o restaurantes, ya están en el monte vendiendo leña o viendo qué hacen, las mujeres están vendiendo comida rápida.

Han dado bolsas escolares pero sólo a los niños que van a institutos públicos, somos 17 mil habitantes y se han entregado únicamente 120 cajas del gobierno, la muni ha dado su aporte a 1050

Zoila Choc, Isabel Fernández y María Caal

Resistencia pacífica de Santa María Cahabón (Alta Verapaz)

“Aquí los empresarios no acatan las órdenes, los préstamos a saber con quién se quedarán porque el municipio recibe ayudas de gentes de aquí, de comerciantes que se han juntado para ayudar, no del gobierno.” “Y lo que me enoja a mí”, -comenta Zoila- “es que hay algunos de la municipalidad que sólo son pantallas, dan algo para tomarse la foto. Para ayudar no hay que apantallar.”

“Ya no podemos ir a trabajar”, -cuenta Zoila- “yo tengo un poco de negocio pero casi no salgo por el miedo de esa enfermedad, estoy apenada porque los que tenemos venta en los mercados estamos perdiendo.”

María agrega: “Nos sentimos encarceladas, pero como resistencia no bajamos la guardia, seguimos la lucha; esta es la región de las hidroeléctricas y la mayoría en las áreas rurales no cuenta con luz, no tiene posibilidad de recibir el apoyo que promete el gobierno. En la resistencia estamos alertas porque cuando esto termine, seguro van a promover que las empresas sigan funcionando, para después decir que así las personas podrán ser beneficiadas. A mi familia y a mí nos duele esta pandemia también porque en el caso de mi hermano [Bernardo Caal], por el confinamiento y las medidas, tenemos más de tres meses de no tener comunicación con él y eso nos ha afectado y nos duele el corazón”.

María Bautista

Resistencia pacífica de Ixquisis (Huehuetenango)

“A 18 horas de la ciudad y con difícil acceso a la comunidad, la pandemia nos ha afectado bastante. Están el ejército y la policía presentes, eso nos crea desconfianza porque sabemos que están cuidando a la empresa; nos hacen creer que nos cuidan a nosotros y, por ejemplo, han dado la orden de parar a los vehículos que vienen a vender las verduras y eso ha elevado los productos.

De las propuestas de apoyo no se ha visto nada, el ejército llegó al municipio diciendo que iba a reparar víveres, pero en el área urbana dejaron 50 bolsas y lo demás lo llevaron a la aldea donde está el alcalde. Piden recibo de luz, pero en nuestra comunidad no hay energía; los niños se han atrasado bastante, les dejan tarea en línea, y el Internet se acaba muy rápido

“Nadie en su sano juicio sale a arriesgarse si tuviera las condiciones para quedarse en casa”

Trabajadoras sexuales y coronavirus:

Asier Vera / Periodista



Desde que salen los primeros rayos de sol, varias calles de la zona 2 de ciudad de Guatemala se llenan de mujeres con escasa ropa. Caminan de un lado a otro mirando su teléfono a la espera del primer cliente del día que les permita comprar la comida de esa jornada.

Un motorista se dirige a una de ellas y sin quitarse el casco para no ser reconocido por los vecinos, entra junto a la chica en una casa. Tras entregarle 130 quetzales (100 para la mujer y 30 para pagar el cuarto), podrá mantener relaciones sexuales con ella durante 30 minutos. Eso sí, ambos sin quitarse la mascarilla y echándose gel en las manos como única protección para un trabajo donde es imposible el distanciamiento social.

“Me da miedo porque no sabemos si nos traen la enfermedad del coronavirus”, reconoce **Helen**, una joven de 24 años, quien desde los 20 se dedica al trabajo sexual y que teme llevar la enfermedad a su casa, donde viven sus dos hijos de 7 y 9 años y su hija de 2. En cuanto se va el hombre, **Helen** se afana en desinfectar la cama donde trabaja y se echa alcohol y gel en las manos.

La situación de las cerca de 26 mil trabajadoras sexuales de Guatemala se ha agravado con la crisis del coronavirus, tal como lamenta **Samantha Carrillo**, coordinadora nacional de la Organización Mujeres en Superación (OMES) y socia fundadora del Sindicato Nacional de Mujeres Trabajadoras Sexuales Autónomas de Guatemala. “No contamos con un seguro médico ni social, ni con un reconocimiento como trabajadoras sexuales, lo que viene a dejarnos mucho más expuestas ante la COVID”, critica.

Así, recuerda que las mujeres que ejercen esta profesión “no pueden pedir a las municipalidades que las agreguen en las listas para acceder a la ayuda de mil quetzales destinada al comercio informal”. **Samantha** explica que las medidas de confinamiento impuestas por el gobierno de **Alejandro Giammattei** han supuesto el cierre de las casas de citas y los clubs nocturnos donde las mujeres ejercen el trabajo sexual, lo que ha dejado a muchas de ellas sin empleo. Pese a ello, al no estar regulada esta profesión, no pueden tener derecho a los 75 quetzales diarios que el gobierno ha prometido a quienes se hayan quedado sin empleo.

Esta exclusión de cualquier tipo de ayuda, sumado al cierre de los establecimientos habituales donde se ejerce el trabajo sexual, ha obligado a algunas mujeres a buscar alternativas para sobrevivir. Es el caso de varias trabajadoras sexuales extranjeras de un club nocturno en San Sebastián Retalhuleu que han montado un *car wash* frente a este lugar para recaudar víveres a cambio de limpiar vehículos, con el fin de donar la comida a las mujeres que están teniendo muchas dificultades para ejercer esta profesión.

Así lo explica a *laCuerda* una de las impulsoras de esta iniciativa, **Anet**, originaria de Nicaragua quien lleva nueve años ejerciendo el trabajo sexual en Guatemala: “No hay clientes y no tenemos dinero ni para pagar un cuarto, ya que, si antes ganaba entre 500 y mil quetzales diarios, ahora solo 100, o a veces nada”. **Anet**, de 33 años, asegura que está “muy dura la situación y

ayuda no tenemos porque para el gobierno no existimos y mucho menos las extranjeras”. Revela que para esquivar lo máximo posible al coronavirus trata de evitar los roces de los clientes, quienes muchas veces tratan de besarla, “pero sé que por más que intento, estoy demasiado en riesgo, pero tenemos que buscar este trabajo porque no va a venir nadie a decirme ‘tome, aquí está el dinero para que coma día a día’”.

Otro de los inconvenientes de la actual coyuntura, según denuncia **Anet**, es que los centros médicos no las están atendiendo para entregarles las profilaxis y efectuarles las pruebas de control, con el fin de evitar enfermedades de transmisión sexual, tal como sucedía antes cada 15 días.

Esta crisis ha provocado que algunas mujeres hayan dejado de ofrecer sus servicios sexuales, como **Acsa**, quien vive en La Libertad, Petén y que, debido al coronavirus, ha tenido que abandonar su trabajo después de que cerrara el bar donde iba cada día. Esta joven de 24 años, madre de dos hijos de 2 y 8 años, ha tenido que buscar otro modo de generar ingresos con la venta de comida rápida en la calle: “no me queda la gran cosa, pero sí saco para comer a diario nada más”. **Acsa**, quien se dedica al trabajo sexual desde los 18 años, lamenta que esta crisis llegara justo cuando se había apuntado a la universidad a estudiar Derecho para cumplir su sueño de ser notaría: “pude ir a clase solo dos días y ahora tengo que pagar los tres mil quetzales del semestre”.

Insultos en la calle a las mujeres transexuales

El toque de queda también ha visibilizado mucho más a las trabajadoras sexuales, quienes -muchas de ellas-, sobre todo las transexuales, ejercían su profesión de noche. “Las compañeras han tenido que organizarse y trabajar tres o cuatro juntas en una sola esquina para protegerse de la gente que pasa insultándolas y les gritan que tengan un poco de dignidad”, revela **Ixchel Solórzano**, una mujer transexual que ha fundado la Organización para el Desarrollo, la Inclusión Social y Oportunidades para Todos.

Además, añade que algunos policías “les han hecho saber que tienen que correrse a callejones donde no transite tanta gente para evitar que les digan cosas”, al tiempo que les han pedido que el trabajo sexual no lo hagan de día.

“La COVID nos ha venido a dejar mucho más vulnerables y decimos hoy con más fuerza que nunca, que los gobiernos tienen una deuda bastante grande con las trabajadoras sexuales y es una ley que nos reconozca”, para que en una crisis como la actual puedan tener acceso a ayudas sociales, remarca **Samantha Carrillo**, quien concluye que “nadie en su sano juicio sale a arriesgarse si tuviera las condiciones para quedarse en casa”.

Mientras, **Helen** se ha vuelto a perfumar y ha regresado a la calle en busca de otro cliente, pese al temor a contagiarse: “la gente piensa que una gana dinerales y que qué ando haciendo aquí, pero somos como cualquier ciudadano, tenemos deudas y tenemos que seguir con nuestro día normal, trabajando para dar de comer a nuestros hijos”.

Luchar por el agua, luchar por la vida

laCuerda

De acuerdo con el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), más de 768 millones de personas en el mundo, en su mayoría en situación de pobreza y extrema pobreza, no tienen acceso a agua potable, crisis que se incrementa cada año. Esto también se visibiliza en el Informe de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo de los Recursos Hídricos en el Mundo (2020), en el que se hace un llamado a los estados para comprometerse a resguardar no solo la cantidad de líquido, sino su calidad. Por otro lado, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) asegura que Guatemala cuenta con las condiciones naturales favorables para disponer de este bien para el cuidado de la vida, sin embargo, a nivel local se denuncian las desigualdades que vulneran a la población, sobre todo a los pueblos originarios, que no les permiten gozar de este derecho humano. Este contexto nos obliga a cuestionarnos: ¿qué valor le estamos dando realmente al agua? ¿La vemos como una mercancía o reconocemos que es un ser vivo, sujeto de derechos, tal y como se considera desde las cosmovisiones de las poblaciones indígenas?

En este sentido, la Red Nacional por la Defensa de la Soberanía Alimentaria en Guatemala (REDNAG) desarrolló el Encuentro Nacional por el Derecho Humano al Agua, con lideresas y líderes que acompañan los procesos por la aplicación del derecho al agua en todo el territorio, con la intención de analizar las realidades, reflejadas en problemáticas de salud y nutrición, sobre todo en mujeres rurales, niñez menor de los cinco años y personas mayores de cincuenta.

Durante el proceso se evidenció que el modelo extractivista es la principal amenaza. La instalación de mineras, cementeras, hidroeléctricas y los monocultivos, en una perversa combinación con el Estado cooptado, vedan los derechos de las comunidades y atentan contra toda manifestación de vida.

Un bien sagrado

Las poblaciones del sur, norte, oriente, occidente y región central de Guatemala luchan constantemente contra las empresas que pretenden privatizar los bienes comunes, beneficiando únicamente a la oligarquía y sus amistades más cercanas. Los testimonios compartidos en el Encuentro dan cuenta de los delitos cometidos por la agroindustria y las transnacionales que, para colmo de males, el Estado defiende.

En todos los contextos se evidenció que las propuestas y acciones de los pueblos originarios constituyen el bienestar colectivo y valoran a la naturaleza tanto como la vida de los seres humanos. A diferencia de dichas prácticas, que colocan al agua como un ser sagrado o una herencia imposible de comprar, el modelo económico imperante dispone de ella como un objeto con el que se puede comercializar sin control alguno.

Ejemplos de ello son: la construcción de esos proyectos sin consulta a las

poblaciones afectadas, previa, libre e informada, como lo establece el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre Pueblos Indígenas y Tribales; los ríos son desviados hacia los ingenios azucareros y productores de palma aceitera, bananera y otros; las empresas, con desmedido uso de la fuerza e intimidaciones, se adjudican tierras sin reconocer los títulos de propiedad ancestrales; sin olvidar la militarización de zonas específicas, utilizando el miedo como método de control; miles de hectáreas de bosque y su biodiversidad son destruidos; los monocultivos son fumigados de forma aérea, alterando los ecosistemas alrededor; las compañías contaminan todos los bienes, reduciendo las posibilidades de un verdadero desarrollo y, quienes defienden la naturaleza, “son vistos por el Estado y las empresas como una amenaza”, advierte **Claudia**

Valiente, del Colectivo de Estudios Rurales, quien además subraya que el saneamiento no es considerado una prioridad. “El 26 por ciento de las comunidades no tiene un sistema de agua y el 73 por ciento, sobrevive con recurso contaminado”.

Por su lado, **Luis Ochoa**, representante de la región central, agrega que los espacios destinados al lavado de carros, confección de textiles y la construcción de edificios verticales con pozos propios, acaparan de manera indebida el agua, generando riquezas para la minoría. **Nicolás Velásquez**, integrante de REDSAID-SERJUS, concluye que el actual modelo económico “nos está arrebatando la vida y causando altos niveles de pobreza y esclavitud”, sobre todo en las áreas rurales.

Un bien colectivo

En Guatemala no existe legislación que regule específicamente el uso del agua.

Desde 1991 se han presentado al menos trece iniciativas de ley, pero ninguna con una visión integral, que responda a los intereses de las mayorías y que reconozca el derecho humano a este bien natural. En 2016, fue presentado el proyecto 5070-Ley Marco del Agua, empero está empaquetada.

Según **Jovita Tzul**, del Bufete para Pueblos Indígenas, hace falta reforzar las estrategias jurídicas en las demandas de las poblaciones afectadas. “Se necesita que abogados y técnicos tengan una visión jurídico-política comunitaria. Se debe comprender que los pueblos indígenas tienen una visión holística de la vida, y el Estado una visión fraccionada y limitada”, asevera. También se refiere a la necesidad de informar a través de campañas de comunicación con pertinencia cultural, equidad de género y una clara defensa de la naturaleza.

Como parte de las conclusiones de este encuentro, se dará seguimiento a los compromisos para el cuidado del agua adquiridos en cada región; se fortalecerá la organización comunitaria y se reitera el compromiso de las autoridades ancestrales de velar por los territorios, el medio ambiente, los derechos humanos y por el desarrollo de las comunidades, apelando al esfuerzo colectivo. “Un pueblo único, jamás será vencido”, afirman.

Fotos: Encuentro Nacional por el Derecho Humano al Agua - REDSAG.

LEYDEM: Un reconocimiento al trabajo de las mujeres



Mujeres participantes de la Plataforma LeyDem

laCuerda

La desigualdad de género ha sido, históricamente, uno de los mecanismos de control y despojo del modelo predominante: capitalista y patriarcal, que ha vulnerado a las mujeres en distintas dimensiones, como en la falta de garantías en salud, educación, participación social y política además de la economía. Sobre esta última, el Informe Global de Brecha de Género 2020, del Foro Económico Mundial, advierte que para lograr equidad en términos de reconocimiento, oportunidades y condiciones laborales entre mujeres y hombres, aún faltan alrededor de 100 años. Frente a este apabullante contexto, al menos 50 colectivos y asociaciones de mujeres diversas y organizadas de Guatemala conformaron una plataforma nacional y desarrollaron la Iniciativa 5452, con la que se dispone aprobar la Ley de Desarrollo Económico de las Mujeres (LEYDEM) para potenciar una economía más humana y feminista.

De acuerdo con **Sandra Morán**, diputada 2016-2020, quien impulsó y presentó la iniciativa junto al diputado **Enrique Álvarez**, este proyecto aborda el trabajo productivo, pero también visibiliza las labores reproductivas no remuneradas y, mayormente delegadas a las mujeres y niñas. “Nuestra ley es integral porque toca al Ministerio de Trabajo, de Economía, el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentación (MAGA), además del Instituto de Capacitación (INTECAP) y a la Universidad San Carlos de Guatemala (USAC) a modo de que haya acceso a recursos financieros, capacitación técnica y tecnológica, préstamos, acceso a tierras y programas específicos para jóvenes recién graduadas que podrán vivir la experiencia que se les solicita en trabajos futuros, y para mayores de 35 años, con el fin de reducir la discriminación etaria que vemos con frecuencia”, afirma. La diputada manifiesta, también, que esta ley prioriza a mujeres en situación de vulnerabilidad, aunque tiene una visión general que involucra a todas.

Por su lado, **Celia Hernández**, representante de la Asociación Comunitaria para el Desarrollo Servicios Jurídicos y Sociales (SERJUS) e integrante

de la Plataforma LEYDEM, aclara que esta iniciativa pretende “aportar a la economía de las mujeres y a su autonomía” además de “garantizar el cumplimiento del Estado como sujeto de obligación de derechos en la facilitación de recursos”. **Hernández** acota que uno de los aportes más valiosos de SERJUS en el proceso de creación de esta iniciativa ha sido “promover que se retome el enfoque de economía social y solidaria y que los emprendimientos que las mujeres ya están llevando a cabo puedan fortalecerse”, como los grupos de autoahorro y los mercados campesinos.

Esfuerzo de todas

Uno de los valores agregados de esta iniciativa, a diferencia de la mayoría de propuestas que llegan al Congreso de la República, es que nace desde la realidad de las mujeres que integran la Plataforma LEYDEM. “Surge de la población y responde a los intereses de la misma población, es lo más importante porque se le da validez a las voces que hacen una demanda clara y que la han llegado a documentar”, señala **Andrea Villagrán**, diputada reelecta 2020-2024 y parte de la Comisión de la Mujer, entre otras.

La entrevistada también explica que “esta iniciativa llega a darle solución a muchas problemáticas del país, como la desnutrición. Ayudar a una mujer no es apostar por un individuo sino por una comunidad entera. Las repercusiones de la iniciativa no se limitan al empoderamiento económico per se y a la independencia económica, que ya es algo bueno, va más allá y atacará los problemas estructurales como la pobreza y extrema pobreza”.

Hernández detalla que el proyecto logra “materializar el esfuerzo de las mujeres organizadas, quienes han luchado históricamente por el reconocimiento de su aporte a la economía. No se trata de ver únicamente la iniciativa sino todo el proceso, los esfuerzos y los años que implicó. Va a favorecer a muchas familias y a la población en general”, reitera.

Pese a que las ideas plasmadas en este proyecto

prometen un importante paso en el cumplimiento de los derechos de las mujeres y, sobre todo, en el desarrollo económico de la población en su conjunto, en el organismo legislativo no ha tenido un camino fácil. La Comisión de Finanzas, sin discutir a profundidad la propuesta, decretó dictamen desfavorable mientras que la Comisión de la Mujer demoró un año para dar una respuesta positiva. Hasta la fecha, únicamente una vez ha sido agendada para discutirse en pleno y, finalmente, el punto no fue abordado. “El compromiso es que esta iniciativa se convierta en una realidad”, sostiene **Villagrán**.

Proteger y garantizar

La Ley de Desarrollo Económico de las Mujeres “no transforma las cosas como quisiéramos, pero sí soluciona las necesidades más inmediatas, además de fortalecer la capacidad de las mujeres y su sentido de poder propio y colectivo”, finaliza **Morán**.

Actualmente la Comisión de la Mujer, junto con las organizaciones de la Plataforma LEYDEM, tienen la dura tarea de reposicionar la discusión sobre la mesa, pero sobre todo de lograr que la iniciativa sea aprobada. “Es un reto grande, pero es muy importante porque al hablar de empoderar a las mujeres económicamente, hacemos referencia a cuestiones transversales, por ejemplo, la participación política de muchas, que se ha visto limitada por la falta de recursos económicos”, concluye **Villagrán**.

La aprobación de esta ley supone un avance importante en la reducción de la brecha de género en el país; un impulso que propone nuevas dinámicas sociales en las que se dignifiquen los trabajos desempeñados por las mujeres y que históricamente no han sido reconocidos; que garantiza un desarrollo integral para todas; que cuestiona y confronta al sistema y sus mecanismos sexistas para provocar la deconstrucción de realidades y así vivir en plenitud, armonía y pleno goce de los derechos humanos y de las mujeres.

Desde las sombras

El talento artístico y la militancia comunista de Graciela Amador

Verónica Oikión Solano / El Colegio de Michoacán, A.C.

Estas pinceladas biográficas son para dar visibilidad a **Graciela Amador Sandoval** (Zacatecas, 5 de abril de 1891 - Ciudad de México, 5 de octubre de 1961), mujer oscurecida en la historiografía mexicana, en particular, en los estudios sobre el comunismo en México, así como en las contribuciones sobre la cultura y las artes escénicas. Historiografía construida, en gran medida, desde las miradas de los historiadores varones.

El enfoque de historia social de las mujeres y de las relaciones de género, enmarcado en el giro biográfico, me permite explorar a una figura histórica ensombrecida por su estatus de mujer y por su matrimonio con el muralista **David Alfaro Siqueiros**.

Graciela Amador (llamada *Gachita* por sus padres desde la niñez) perteneció a una familia con acomodo económico. Hija de **Josefa Sandoval** y de un notable historiador liberal zacatecano, don **Elías Amador**. Durante su adolescencia, *Gachita* estudió composición musical con el renombrado maestro **Manuel M. Ponce**.

El 6 de enero de 1918 conoció a **José Alfaro Siqueiros**, amigo de su hermano **Octavio**, en medio de momentos fúnebres por el fallecimiento de su padre y su hermano **Juan Nefthalí**. En su testimonio, **Graciela** cuenta que le impuso a su amado el nombre de **David**, con quien se casó el 5 de agosto de aquel año. Ambas familias se opusieron al matrimonio. Pero su estado de enamoramiento traspuso las repulsas y las objeciones familiares.

A inicios de los años veinte, **Alfaro Siqueiros** introdujo a **Amador** en los círculos del arte revolucionario. Esa cohorte de jóvenes artistas fundó el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios, en diciembre de 1922. Su órgano periodístico se denominó *El Machete*; su leyenda metafórica, que aparecía en su primera plana, fue de la autoría de **Amador**: “El machete sirve para cortar la caña, para abrir las veredas en los bosques umbríos, decapitar culebras, tronchar toda cizaña y humillar la soberbia de los ricos impíos”. A mediados de 1925 *El Machete* se convirtió en el órgano periodístico del Partido Comunista Mexicano (PCM, sección mexicana de la Tercera Internacional Comunista). Desde 1923, toda la cúpula del Sindicato se incorporó al PCM a instancias de la interacción sostenida con **Rafael Carrillo** y **Rosendo Gómez Lorenzo**, dirigentes del PCM.

Amador, quien ingresó al PCM en 1924, desplegó sus dotes intelectuales en *El Machete* como escritora, cuentista y corridista. Empero, los historiadores varones sólo la mencionan en su calidad de administradora del periódico, tal como comenzó a aparecer a partir de agosto de 1924.

Graciela junto con **Alfaro Siqueiros**, se trasladó a Guadalajara en 1925, en donde realizaron un activismo sindical importante entre los mineros. *Gachita* se abocó a las mujeres de los trabajadores de las minas de Jalisco para inducir las a la militancia comunista, concientizarlas

y hacer de ellas, junto con sus esposos, hijos y hermanos, la vanguardia de la lucha del proletariado y las mensajeras de la nueva revolución social, mediante la formación de centros revolucionarios de mujeres, que ella misma auspició.

En 1928, **Amador** y **Alfaro Siqueiros**, en su calidad de delegados de la Confederación Obrera de Jalisco, se trasladaron a la Unión Soviética para asistir al IV Congreso de la Internacional Sindical Roja. *Gachita* llevó especialmente la representación de las agrupaciones femeninas jaliscienses y tuvo el privilegio de entablar un diálogo con **Clara Zetkin**, la gran lideresa comunista, internacionalista y feminista. Parte de su experiencia en la URSS, la volcó *Gachita* en un relato teatralizado titulado “En la Rusia Soviet. La Casa del Obrero”, exaltando las nuevas condiciones del pueblo ruso.

En aquel periodo, escribió alrededor de veinticinco relatos; algunos fueron confeccionados como piezas teatralizadas, con personajes que reproducían verdaderos dramas socialistas.

En tanto, su proyecto en pro del denominado “Niño Luchador”, con especial atención a la niñez proletaria, tuvo como objetivo construir un espacio de educación y emancipación social para niñas y niños a partir del acuerdo de la Sección Mexicana del Socorro Rojo Internacional (organismo adherido a la Tercera Internacional para la protección de militantes comunistas perseguidos). Su experiencia en la URSS –al realizar un recorrido por las casas establecidas para el cuidado de la infancia- le dio incentivos para proponer la elevación social de las hijas e hijos de los proletarios y activistas acosados en México, que no tenían acceso a educación, vivienda y salud.

Luego de su ruptura amorosa propiciada por la infidelidad de **Alfaro Siqueiros** en 1929, **Graciela** abandonó inesperadamente su militancia comunista e inició sus labores como folklorista, acopiando y rescatando música popular, realizando una obra relevante de promoción de la cultura mexicana.

Seguidamente, su talento artístico la situó, como pionera, al lado de un equipo de mentes brillantes y con gran sensibilidad artística, a la vanguardia del teatro guiñol en México en los años treinta, auspiciado por el gobierno de **Lázaro Cárdenas**; sus quehaceres resguardaron, fomentaron y divulgaron la cultura de la marioneta y el títere, con una extraordinaria función pedagógica. En 1934, encabezó su propio grupo teatral conocido como Teatro Periquillo o Periquito, realizando giras en la Ciudad de México y en distintos puntos del territorio nacional, incluso, en el estado de California, en Estados Unidos. Y puso en escena obras que se transmitieron en la televisión mexicana a principios de los años cincuenta.

Graciela Amador tuvo la convicción de que sus acciones contribuían a la construcción de un México menos desigual y en beneficio de las mayorías; encuadradas en dos imaginarios de lucha: el posrevolucionario y el comunista, cuyas simientes apuntaban al cambio y la revolución social. 8



Principales fuentes consultadas:

El Machete, órgano periodístico del Partido Comunista Mexicano. Varios números de los años 1924 a 1930.
 Graciela Amador, “Mi vida con Siqueiros: Graciela Amador narra su vida con el pintor. La historia de un amor vivido con intensidad (Primera parte)”, revista *Hoy*, núm. 575, México, febrero de 1948, pp. 70-71 y 114.
 Graciela Amador, “Mi vida con Siqueiros: Graciela Amador narra su vida con el pintor. La historia de un amor vivido con intensidad (Segunda parte)”, revista *Hoy*, núm. 576, México, marzo de 1948, pp. 48-49 y 82.
 Graciela Amador, “Mi vida con Siqueiros: Graciela Amador narra su vida con el pintor en forma apasionante (Tercera parte)”, revista *Hoy*, núm. 577, México, marzo de 1948, pp. 48-50 y 82.
 Graciela Amador, “Mi vida con Siqueiros: Graciela Amador narra su vida con el pintor en forma apasionante (Cuarta y última parte)”, revista *Hoy*, núm. 578, México, marzo de 1948, pp. 48-50.

Mujeres que hacen posible la Olla Comunitaria



Inés López / Comunicadora guatemalteca

Una veintena de mujeres son las encargadas de cocinar diariamente las raciones nutritivas y saludables que se reparten dos veces al día en el comedor solidario impulsado por Rayuela Café Bar, acción que puso en evidencia la falta de seguridad alimentaria, misma que se agudizó ante la crisis de la Covid-19.

En los primeros días se repartieron alrededor de 150 platos diarios, actualmente, se entregan más de mil porciones entre desayunos y almuerzos, esto gracias a las diversas donaciones de la población guatemalteca.

Desde el inicio, **Byron Vásquez**, cofundador de Rayuela, fue apoyado por varias mujeres. Una de ellas, **Diana Cameros**, psicóloga de profesión, quien a través de sus redes sociales compartió la iniciativa. A partir de ese momento, **Diana** no solo se convirtió en una de las voces que divulgó el comedor, sino también, en puente entre sus contactos y Rayuela para hacer llegar donaciones, “muchas personas por el miedo a salir de casa me preguntaban a qué cuenta podían depositar. Una amiga preparó dos ollas gigantes de comida, ella vive en San José Pinula, entonces, apoyé para llevar la comida y después regresar las ollas a Pinula. Nuestra casa se ha convertido en una cocina más, algunas veces **Byron** nos pasa dejando las cosas, y al siguiente día vienen a traer la comida preparada.” comenta **Diana**, quien aclara que no llega a cocinar al comedor, porque está a cargo de su papá quien en este momento tiene una condición pulmonar delicada.

En el movimiento conocido como La Olla Comunitaria, participan varias mujeres de diversas profesiones, oficios y edades, que llegan de diferentes puntos de la ciudad. Otras más, apoyan desde su casa, lavando diariamente ollas y utensilios. Además, aquellas que organizan la bodega con las donaciones que llegan a diario.

Ligia Flores, es una profesional de la comunicación que ha cocinado desde los inicios de La Olla Comunitaria, y cuenta “me gusta mucho cocinar, por eso decidí quedarme en la cocina. Al principio éramos cinco, conforme han pasado los días hemos llegado a ser hasta 25 mujeres que preparamos los alimentos en el lugar y desde casa. Algunas veces hay cuatro o cinco hombres que apoyan a solicitud nuestra, en todas las tareas: servir, lavar, limpiar. Fundamentalmente, somos las mujeres las que estamos organizándonos porque socialmente la cocina es un espacio destinado a nosotras. Tenemos un chat grupal en el que acordamos el menú diario según las donaciones recibidas, y así preparar comidas balanceadas, nutritivas y saludables. Estoy casi ocho horas en la Olla y después, llego a casa a realizar teletrabajo.”

Otra de las cocineras voluntarias desde el inicio del movimiento es **Jackie McVicar**, quien, al momento de dar su donación, vio la necesidad de

personas para cocinar, así que, al siguiente día llegó con una docena de huevos preparados. Desde entonces, ha cocinado en su casa cada vez más raciones, hasta superar los 400 platos en un día, durante la primera semana de mayo. “Tengo la suerte que puedo hacer teletrabajo, entonces, entre cinco y seis de la mañana empezamos a cocinar y terminamos a medio día. Después, clases y tareas con mi hija de nueve años y la atención que ella requiere. Finalmente, me dedico a mi trabajo, por ejemplo, ahora son las nueve de la noche y todavía estoy trabajando. Mi compañero de casa y mi hija me ayudan a cocinar, porque es demasiada comida”, afirma **McVicar**.

Las voluntarias entrevistadas pasan aproximadamente ocho horas en La Olla Comunitaria, y regresan a sus hogares a trabajar, hacer tareas y oficios que requiere el día a día en cualquier casa; algunas porque viven solas, otras porque es parte de su rutina, algunas son ayudadas por sus hijas mientras ellas están en La Olla.

En ese sentido, en una reciente publicación en el portal de noticias de ONU Mujeres, **Anita Bhatia**, Directora Ejecutiva de esa organización escribía respecto a la Covid-19 y las acciones que los gobiernos pueden adoptar: “(...) Al mismo tiempo, las mujeres cargan por lo general con gran parte de los cuidados. Incluso antes de la Covid-19, las mujeres realizaban el triple de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado en el hogar en comparación con los hombres. En estos días, aquellas mujeres empleadas en el sector formal y que tienen hijas o hijos se debaten entre una o más de las siguientes tareas: su empleo (si aún lo conservan), el cuidado infantil, la educación en el hogar, el cuidado de personas mayores y el trabajo doméstico. Los hogares encabezados por una mujer son particularmente vulnerables.”

La Olla Comunitaria se mueve fundamentalmente por mujeres que dividen su tiempo entre cocinar voluntariamente, teletrabajo, hacer sus propios oficios domésticos, y cuidados familiares. Para una sociedad que ha normalizado los roles de género, es casi imposible reconocer y valorar el trabajo que realizan en este momento las mujeres. En ese sentido, **Edith López**, voluntaria que cocina desde su casa y que, a la vez, hace teletrabajo, comenta: “el comedor fue impulsado por dos compañeros, y han estado más en el tema administrativo. Hemos sido las mujeres quienes más tiempo pasamos en la cocina. Creo que tiene que ver con la forma cómo nos educaron. En mi caso, cocino muy rico y me gusta, en cambio, mi compañero no cocina rico, pero tampoco le enseñaron a cocinar, por eso las mujeres seguimos desarrollando ese papel dentro de la familia.”

Respuesta popular en Buenos Aires

Texto y fotos: Margarita López Aguilar / Artista y educa-

Para mediados de mayo en Buenos Aires llevamos casi sesenta días de cuarentena. Aunque ese “llevamos” suene tan colectivo, es necesario resaltar que la cuarentena no nos ha afectado a todas las personas igual. La pandemia de la Covid-19 ha desnudado las estructuras, pero no es necesario ir tan profundo: hay gente con hambre.

Unos días después de iniciada la cuarentena, se activó desde varias comisiones del Bachillerato Popular Miguelito Pepe, la tarea de registrar la situación de estudiantes y docentes en relación con vivienda y alimentación. El Bachillerato pertenece a una organización territorial y a su vez, es parte de la CTA Autónoma (Central de Trabajadores/as de la Argentina). **Anabella Moglia**, educadora popular afirma que “desde la segunda semana del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, como escuela organizamos repartir unos bolsones de comida a estudiantes y profesores que estuviesen en una situación de vulnerabilidad económica y social” así, se han entregado bolsones con comida y más recientemente también almuerzos.

Este Bachillerato no es una excepción o una iniciativa desarticulada; muchas organizaciones, clubes y grupos de vecinos están haciendo tareas similares no sólo en Buenos Aires sino en muchos lugares de Argentina. En La Casita de los Pibes, escuela de una ONG de la Ciudad de La Plata, se han tenido que “postergar dinámicas educativas áulicas populares y eventos culturales, dando primero respuestas a las necesidades de las personas, con ollas populares y organización de base”, según refiere **Joel Muñoz**, antropólogo visual guatemalteco radicado en Argentina. Como educador de esta escuela relata: “acá nos turnamos para hacer llegar la comida y se han organizado otras ollas espontáneas, ya que en estos casos la organización de la gente en los mismos barrios es fundamental”.

El 28 de abril se realizó la Jornada Nacional Mil Ollas Populares para visibilizar la angustiante situación que viven las familias de los barrios populares. Muchas de esas ollas ya estaban habilitadas antes de la pandemia y muchas se siguen haciendo después del 28 de abril, una de ellas es la del Bachillerato Miguelito Pepe. La periodista feminista, **Paula Bistagnino**, expresa que “frente a la crisis de la pandemia y más allá de que este gobierno dispuso planes de ayuda social en alimentación y dinero, la respuesta inmediata fue de la sociedad civil, no la del Estado.” Al ver la respuesta de las organizaciones argentinas es fácil pretender que estas movilizaciones surgen espontáneamente olvidando la latencia de las organizaciones de la sociedad civil, pero es necesario mencionar que Argentina es un país con una historia de fuerte movilización popular, lucha sindical y participación social; en ese sentido, hay registro de ollas populares desde alrededor de 1930 y están muy presentes en la memoria colectiva las ollas populares de 2001.

La crisis de 2001 es un hito para la movilización popular en Argentina.

La socióloga **Maristella Svampa** afirmó que Argentina se descubrió como una sociedad profundamente movilizadora, que aspiraba a recuperar su capacidad de acción a partir de la creación de lazos de cooperación y solidaridad, fuertemente socavados luego de una larga década de neoliberalismo. Para **Joel**, las dos crisis (la actual y la de 2001) “han sido debidas a la ausencia del Estado en asuntos públicos, y los excesos de las economías de mercado”. Por su parte, **Anabella** manifiesta: “la respuesta desde lxs trabajadorxs y organizaciones fue poder unirnos, tejer las redes para solventar esos agujeros, pero sin perder de vista que quien debe dar respuesta a estas falencias es el Estado.”

Rol clave histórico

Desde esta respuesta, las mujeres de los barrios populares tienen un rol clave histórico, como afirma **Paula**, pues “son ellas las que lo llevan adelante, sea en los comedores o en las tareas de cuidado”. Según **Anabella**, en el marco de la Covid-19, en la Villa 31 (emblemático barrio informal porteño cuyo origen data de 1932) “se oficializó un comedor que viene funcionando hace unos diez meses. Ese reconocimiento permite un salario para las compañeras y sostienen cerca de 150 raciones por día en ese barrio”. La lucha ha conseguido que el Ministerio de Desarrollo Social, el Ministerio de Educación o el gobierno local financie algunos salarios de trabajadoras de comedores, escuelas y bachilleratos populares o que facilite alimentos en calidad de “donación gubernamental” para ser preparados en dichos comedores.

Para **Anabella** “la organización es la herramienta que siempre nos resultó para defender y pelear por lo que nos pertenece”, garantías y derechos conquistados por la lucha de mujeres y hombres. Lo que se exige al Estado es la cobertura de derechos mínimos, desarrollando políticas que garanticen el derecho a la alimentación, que redistribuyan la riqueza y que tengan como fin el bien común, evitando tener el hambre como consecuencia.

“La presencia de las mujeres es mayoritaria en bachilleratos, comedores populares y en la militancia interpelando el privilegio patriarcal” afirma **Joel** y su experiencia se confirma con el 75 por ciento de mujeres entre profesoras y parejas pedagógicas del Miguelito Pepe, en las multitudinarias movilizaciones por el Ni Una Menos, la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito o el 34 Encuentro Plurinacional de Mujeres. La respuesta de ellas en los movimientos populares es la sororidad, pues como expresa **Paula** “la pandemia pone en evidencia el rol de las mujeres para sostener la vida comunitaria”. En primera persona, **Anabella** puntualiza que su participación es la búsqueda de “un lugar en donde poder revertir (aunque sea con un grano de arena) la desigualdad social”.





Ilustraciones: Mercedes Cabrera

En cuarentena